



Kristin Cast

CROSS
BOOKS

Kristin Cast

LA EMPERATRIZ

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Empress*
© del texto: Kristin Cast, 2025
Publicado por acuerdo con c/o Steven Salpeter, Assemble Literary, New York y Sourcebook Bloom Books.

© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2025
ISBN: 978-84-08-30266-7
Depósito legal: B. 5.040-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Uno

Llevo ya un tiempo en este viaje espiritual de autoayuda. No estoy segura de en qué parte exactamente del espectro de la espiritualidad se ubica la tienda de El Tarot Crepuscular y las Artes Curativas de Luna, pero estoy aquí para embarcarme en lo inesperado. Además, no puedo coger otro bus hasta dentro de media hora y fuera hace, literalmente, dos grados.

Me muerdo el labio y bajo la mirada al libro que sostengo con fuerza en la mano. La brillante cubierta rosa pálido que promete que este libro de autoayuda será «el último que vas a necesitar para empezar a vivir tu mejor vida» refleja la luna creciente que cuelga sobre la puerta de la tienda El Tarot Crepuscular de Luna. Lo abro por la última página que he leído. La servilleta doblada que había usado como marcápáginas flota hasta la acera mientras recorro con la mirada las frases que he subrayado durante mi pausa para comer.

Haz algo inesperado...

No dejes que quien se supone que debes ser
te impida ser quién eres realmente.

¡Sorpréndete a ti misma!

—Dejarme aconsejar por un mazo de cartas de tarot sobre el mayor momento de mi carrera es bastante sorprendente —murmuro acomodándome el bolso enorme en el brazo mientras abro la puerta. La campana que hay sobre el marco suena mientras me adentro en una neblina de sándalo y lavanda tenuemente iluminada.

Avanzo hacia el espacio abierto y dejo que la puerta se cierre sola detrás de mí. Las paredes son de un azul marino intenso y están decoradas con imágenes enmarcadas de las fases de la luna y de mujeres parcialmente vestidas.

—¿Hola? —pregunto.

Camino lentamente hacia el centro de la estancia donde una mesa grande y antigua de madera sostiene una variedad de cristales. Encima de la mesa, las bombillas parpadeantes de Edison que hay en el candelabro de cuentas proyectan un resplandor similar al del fuego sobre los picos y valles de cada cristal.

Rodeo la mesa y paso junto a una pared con un revestimiento de madera de los años setenta. Sostengo el libro con una mano y paso los dedos de la otra sobre las esferas de cuarzo rosa apiladas en un cuenco de bronce. Hay un rincón a mi izquierda iluminado por velas negras y decorado con flores secas y fotos enmarcadas.

Es como si alguien con un tablero de Pinterest *mystic-chic* se hubiera puesto a decorar en un frenesí de caféina.

Al fondo de la tienda, hay una pequeña sala separada de la estancia principal por una cortina de cuentas.

—¿Luna? —susurro sintiéndome como una intrusa, a pesar de que en su página web pone que se aceptan clientes sin cita previa.

Se enciende la calefacción y una puerta camuflada entre las tablas de los paneles de madera se abre ligeramente. Por la abertura sale una luz roja y un aire cálido me acaricia las

mejillas heladas y juega con los mechones de pelo que se han salido de mi moño despeinado. Cada mañana, me propongo hacerme un recogido con trenzas de algún vídeo tutorial, pero siempre acaba imponiéndose el moño desordenado.

Un gemido sedoso y placentero de mujer se escapa por la puerta entreabierta cuando me asomo a la habitación roja. Mi mirada se detiene en la espalda desnuda de un hombre con todos los músculos empapados de sudor, brillantes bajo la luz de las velas. La mujer vuelve a gemir y él se mueve a un lado, revelando el cuerpo desnudo de ella cubierto por una sábana de seda roja. La mujer arquea la espalda y presiona el hombro contra la mesa de masaje que tiene debajo mientras la tela sedosa se desliza y le deja los pechos al descubierto.

—Sí —ruge él—. Emplea tu poder.

Me quedo paralizada. Debería carraspear o cerrar la puerta, pero no puedo dejar de mirar.

El hombre alarga el brazo hacia una zona que no puedo ver por la abertura y vuelve con una rosa roja. Se la lleva a los labios. Su voz suena grave y profunda contra los pétalos abiertos.

—Emplea tu poder —murmura de nuevo contra la delicada flor antes de acariciar la frente de la mujer con los pétalos.

Ella ahoga un grito mientras le pasa la flor por la nariz, los labios y la curva de la barbilla. Se arquea sobre la mesa mostrando sus pechos como ofrendas mientras él le susurra. Le acerca la rosa al cuello y luego dibuja círculos en sus pechos y le roza los pezones. Con un gemido aterciopelado, ella se sacude y tiembla bajo el roce de la flor.

—Más —murmura él y desliza la mano por debajo de la seda, entre sus piernas...

Tengo la respiración entrecortada, tan entrecortada y

acelerada como ella, y debo de estar respirando muy fuerte, ya que él levanta la cabeza. Su mirada se encuentra con la mía. La luz de las velas se le refleja en los ojos y los convierte en fuego.

Me tambaleo hacia atrás y choco con la mesa. Mi bolso gigantesco tira el cuenco lleno de cristales.

—Mierda, mierda, mierda —maldigo cuando el cuenco de bronce se estrella contra el suelo. Me pongo a cuatro patas en el suelo para recoger las esferas marmoladas.

El hombre sale de la habitación y cierra la puerta suavemente tras él.

—Me temo que no tengo ningún hueco esta tarde. —Me mira y se peina los rizos dorados y sudados con los dedos.

—Ah, no, gracias. —Niego con la cabeza y me pongo de rodillas. Hago una mueca para coger el cuenco y dejo caer un puñado de cristales—. No he venido para eso.

Mi mirada se desliza desde su amplio pecho y sus abdominales esculpidos hasta la goma de sus calzoncillos, que se asoma por encima de sus pantalones de chándal grises.

«Madre mía».

Se me seca la boca y se me encienden las mejillas cuando toda mi atención se clava en su enorme bulto.

—Tengo... tengo novio —le digo directamente a su polla como si me lo hubiera preguntado—. Lo siento.

Me río con el mismo sonido agudo y molesto que me hace poner los ojos en blanco cada vez que veo el nuevo especial navideño de Netflix. Definitivamente, no es la energía de protagonista que deseo proyectar.

—Pues pareces muy interesada —comenta.

Recojo los últimos cristales, me levanto y vuelvo a dejar el cuenco en la mesa.

—No debería estar aquí. Ha sido un gran error. Enorme.
—Me muerdo el labio inferior para evitar que se me escape

la risa nerviosa, pero me sale por la nariz a modo de resoplido digno de un cerdo.

—Creo que estás en el lugar perfecto. —Levanta la barbilla, señala algo detrás de mí y me giro con el libro de autoayuda aferrado contra el pecho.

La mujer que hay al otro lado de la mesa es alta y lleva las amplias curvas cubiertas por capas de tela que flotan a su alrededor como si fueran alas.

—Gracias, Maverick. —Asiente y los rizos apretados le acarician la piel oscura—. Me disculpo por la interrupción.

—Yo también —suelto con la luz roja en la espalda.

Me doy la vuelta para mirarlo de nuevo y balbucear otra disculpa, pero ya se ha ido. Ha desaparecido detrás de la puerta de madera y se oye el chasquido de la cerradura al volver a su sitio.

—Perdón por entrar sin permiso —le digo a la mujer—. Y por haber tirado todo esto.

—No has entrado sin permiso, aquí todo el mundo es bienvenido.

Su sonrisa regordeta parece tan amable y auténtica que se me relajan los hombros y el calor de la vergüenza se enfría en mi rostro.

—¿Qué está pasando ahí? —susurro señalando el revestimiento de la madera y la puerta detrás de la cual se encuentran Maverick y su cliente.

Ella sonríe con los labios tan rojos como la rosa, tan rojos como la habitación y la energía que hay en su interior.

—Magia sexual.

—Ah. —Asiento como si supiera exactamente a qué se refiere.

—Pero no has venido para eso.

—No —respondo demasiado rápido—. No, he venido para aprovechar el día. Para hacer algo inesperado. Para sor-

prenderme a mí misma. —Le muestro el libro como prueba—. ¿Eres Luna?

—Soy Eleanor. —Me hace un gesto con el dedo para que me acerque. Rodeo la mesa, atravieso la distancia que nos separa y ambas nos inclinamos—. Luna no existe. —Se ríe y me uno a ella, a pesar de que lo mío es más una risa nerviosa que auténtica alegría—. Es que Eleanor suena a nombre de abuela, así que opté por Luna en su lugar.

Ahora sí que me río de verdad. Su risa es tan intensa y auténtica que es imposible no hacerlo.

—Bueno —dice mientras se seca el rabillo del ojo con una de las capas de tela que lleva encima—. Hannah, ¿en qué puedo ayudarte exactamente?

Doy un paso hacia atrás y me agarro el bolso antes de que se me deslice por el hombro.

—Madre mía, sabes mi nombre. Eres psíquica de verdad.

Se le elevan las mejillas redondas con una sonrisa divertida.

—Tu tarjeta. —Señala la identificación de acceso de empleado de Posh Pulse Brand Management que llevo enganchada en el exterior del abrigo de plumas—. No soy psíquica. No puedo mirarte y saber cosas como si nada, por mucho que me gustara poder hacerlo. No soy ese tipo de vidente, pero sí que conecto con el universo. Me transmite mensajes a través de las cartas sobre cualquier respuesta que busques.

—Entonces, ¿puedes leerme mi futuro?

Su sonrisa regresa y reluce en las profundidades de sus ojos marrón terroso.

—Tu futuro cambia continuamente. Crece, evoluciona. No hay nada escrito en piedra. —Eleanor, con los pies ocultos bajo tiras de tela, parece flotar hasta la cortina de cuen-

tas. La aparta y señala los cojines mullidos que hay esparcidos alrededor de la mesa baja—. Si quieres respuestas sobre tu futuro tal y como está ahora, puedo proporcionártelas.

Me quito el abrigo y me guardo el libro de autoayuda en el bolso, aunque la parte de arriba sobresale como un portal rosa chillón a Barbilandia entre el azul marino y el negro de la pequeña habitación. Dejo el abrigo sobre el bolso y me siento en un cojín negro como el carbón en el extremo más alejado de la mesa mientras espero a que Eleanor recoja sus cosas.

Cuando entra a través de la cortina que cae sobre ella como si fuera lluvia, muestra una sonrisa cálida y sincera. Deja un cuenco de cristal en el centro de la mesa. En su interior hay dos mazos de cartas sobre un montoncito de sal rosa. Una luz parpadea y Eleanor prende fuego a un palo santo. El humo se arremolina alrededor de la estancia y nos sumerge en su dulce aroma amaderado.

—Hannah, ¿qué parte de tu futuro quieres desmitificar? —pregunta Eleanor mientras se sienta sobre los cojines que hay enfrente de mí, al otro lado de la mesa.

—Mañana haré una presentación en el trabajo. Es muy importante.

Deja la madera ardiente al lado de la sal y levanta un mazo de cartas con los cantos plateados del cuenco.

Me froto las sienes.

—Prácticamente, toda mi vida depende de lo que haga mañana y no quiero fastidiarla. No puedo fastidiarla.

«Si lo hago, los últimos tres años de mi vida no habrán servido para nada».

—Empezaremos con este mazo. Una carta. Un mensaje del universo específicamente para ti.

La sal cae como si fuera nieve sobre el mantel azul marino mientras baraja las cartas y las extiende formando un arco

entre nosotras. El pentagrama metálico que decora el dorso de las cartas reluce bajo la luz tenue.

Levanta la mirada de la mesa.

—¿Cuál te dice algo?

Coloco la mano sobre ellas y la muevo de un lado a otro como si fuera un detector de metales. No sé cómo se supone que he de sentir la magia, pero sé que así no.

—Lo siento, creo que esto no va a funcionar...

Me dispongo a retirar la mano, pero Eleanor me la sujeta.

Abre los ojos como platos y, si no hubiera inhalado profundamente, me habría perdido el destello de miedo que le atraviesa el ceño momentáneamente. Refuerza el agarre y acerca mi mano a las cartas.

—¿Qué haces? Me estás haciendo daño. —Sus uñas se me clavan en el brazo e intento liberarme, pero su mano es como un tornillo—. ¡Suéltame!

Mantiene el agarre sobre mi muñeca, frío e inflexible. Fija sus ojos oscuros sin pestañear en los míos. La temperatura de la habitación parece bajar de golpe y tiemblo cuando una película blanca le cubre la mirada.

—Esta. —Su voz se fractura en una escalofriante sinfonía de ecos y el aire retumba con un coro de espíritus invisibles cuando coge una carta de la tirada y me la tiende—. Cógela. Es tuya. ¡Cógela, Hannah!

La miro, demasiado asustada y confundida para pensar.

Me lanza la carta como si fuera a quemarla si no se deshace pronto de ella.

—Cógela y sal.

Titubeo. El miedo me retuerce las entrañas. No quiero coger la carta, pero me la arroja contra el pecho con una fuerza sorprendente. Me martillea el corazón y me tiemblan los dedos cuando recojo la carta y mis pertenencias. El pánico se abre paso a través de mí y corro. La campana de la puerta

resuena como un gong cuando la abro y salgo a toda prisa a la noche gélida.

El aire frío me da una bofetada en la cara y me sacude todo el sistema cuando salgo a trompicones a la calle tenuemente iluminada. El neón de Luna parpadea sobre mí y proyecta sombras inquietantes en la acera mientras me estabilizo y mi respiración se convierte en nubes de vapor.

Bajo el resplandor del cartel de la tienda, le doy la vuelta a la carta. Está en blanco. A continuación, como si la moviera una mano invisible, una nube plateada flota sobre la superficie de la carta. El aire vibra a mi alrededor y se me eriza el vello de la nuca.

Lentamente, se materializan unas palabras con tinta brillante como si alguien las hubiera susurrado a la existencia: «Mira la puerta y ábrela».

Observo las palabras con la mente acelerada.

Detrás de mí, las luces de neón del Tarot Crepuscular de Luna parpadean una última vez antes de apagarse.